

Pura lana

Suspendí la lectura del ensayo sobre “La metamorfosis crónica de los cascarudos coreanos” porque el timbre de la puerta comenzó a sonar de forma intermitente y los golpes en la puerta parecían anunciar lo peor.

Me sentí aliviada al comprobar que era mi amiga Beatriz quien venía a enseñarme su nueva adquisición. Se trataba de un gorro con pompón que hacía juego con una bufanda o de una bufanda que hacía juego con un gorro con pompón. Creo que da lo mismo porque según las reglas de la conmutatividad contenidas en el “Compendio de análisis deductivo” de 1823, el eximio matemático Didier Roqueville establece que es indistinto hablar primero del gorro o primero de la bufanda. Lo cierto es que mi amiga no paraba de revolear las prendas y repetir que el precio pagado por ellas había sido una ganga porque eran de pura lana virgen. En cuanto a lo de “virgen”, creo que se equivocaba, ya que tenía la certeza de que la lana había pertenecido a la pelambre del carnero premiado diez meses atrás en la Rural del Prado. Ratificaba mi hipótesis un trozo de escarapela que asomaba entre los flecos de la bufanda.

El Gran Campeón Puro Origen de la raza Corriedale provenía de la Cabaña “Los abrojos resucitados”, sita a cincuenta kilómetros del pueblo Torambé, en el departamento de Soriano. El magnífico ovino fue tristemente aplastado por un tractor Hawikoda chino que realizaba maniobras de exhibición frente al Galpón número ocho de la Rural. El accidente ocupó las primeras páginas de los periódicos nacionales y los cronistas no paraban de señalar que era inaudito que siendo el animal un Corriedale no hubiera salido disparando al escuchar el ruido del motor...

A pesar de que Beatriz aseguraba haber comprado sus accesorios en una boutique de Carrasco que facturaba en euros, daban la impresión de ser “Second Hand” o mejor “Second Head” y “Second Neck”. Hubiera jurado que se trataba de mercadería de la tienda “El Cabezón”, lo que era imposible pues

hacía más de medio siglo que había cerrado. Ahora que lo pienso, no entiendo por qué el negocio se llamaba así si no vendía sombreros para cabezas viriles. Quizás la denominación obedecía a la prominencia que coronaba el cuerpo del fundador de la empresa... Creo que nunca lo sabré.

Mi amiga estaba tan eufórica con su compra que, para bajar su verborragia y serenarla, le ofrecí un té de ocho hierbas. En realidad en el jardín solo tengo: cedrón, menta, romero y malva, pero pulvericé hojas de malvones, calas, hibiscos y un yuyo que me pareció atractivo porque me recordó las ortigas de mi infancia.

Cuando la infusión estuvo pronta se la di a beber y la acompañé con bollos rellenos de chocolate que aún conservaban el aroma de la mezcla de cacao y crema doble. No comí lo dulce porque soy delicada del hígado y hacía tres días que los pastelillos estaban fuera de la heladera. Me conformé con un café.

Beatriz pareció calmarse y comentó que tenía apalabrado para la semana siguiente un poncho de pura lana virgen. Quizás este artículo fuera auténticamente de ese material, porque el Gran Campeón Corriedale había quedado demasiado destrozado para poder sacar un poncho de su cubierta lanífera.

Quince minutos después de terminar la tisana, mi amiga declaró sentir cierto malestar en el estómago y decidió regresar a su casa distante trescientos metros de la mía. Apenas había salido, se desató un aguacero. A las diez de la noche me llamó y me comentó que sus prendas de pura lana virgen se habían encogido con la lluvia. El gorro había quedado del tamaño de una pera.

Debo confesar que, a pesar de que estuve leyendo hasta las tres de la mañana la "Antología de los estiramientos", ninguna solución me convenció salvo la del capítulo VII que sugería injertar botox a las prendas para que recuperaran el tamaño original.